

nestra o Medea són exemples de perversitat en el sentit de corrupció moral o social, adversàries de l'estat patriarcal.

Claudine Leduc fa una exposició amb ingeni i originalitat d'Atena i l'olivera, lligant el mite amb els coneixements botànics que els antics atorguen a la dea, ésser profund, que és l'olivera.

En síntesi, el llibre recupera un món d'heroïnes femenines que amb saviesa, màgia i profecia van saber rebel·lar-se contra la realitat i el seu destí, malgrat que aquesta transgressió suposés la marginació, la infelicitat o la mort.

Eva Jiménez

EUGENIO TRÍAS

*La edad del espíritu*

Barcelona: Destino, 1994, 722 páginas

Eugenio Trías sigue girando, incansablemente, en torno al límite. Operación difícil de concebir para mentes positivistas como la de este lector, según el cual para girar en torno al límite habría que sobrepasarlo por arriba por lo menos en un momento. Trías ha abordado esta áspera temática en sus últimas obras: *Los límites del mundo*, *La aventura filosófica* y *Lógica del límite*. De acuerdo con la topología propuesta en esta última obra, el espacio del límite se expande en tres cercos: el cerco del aparecer, el cerco fronterizo y el cerco hermético. Pues bien, el sujeto pensante se sitúa ahora en el espacio intermediario, en el que asume el «ser del límite». Y puesto que este «ser del límite» se define como el correlato ontológico del «logos simbólico», era de esperar que el discurso filosófico prosiguiera con un análisis del símbolo como el modo de conocimiento propio de este estadio. De ahí *La edad del espíritu*. La próxima entrega, presumiblemente, versará sobre el cerco hermético.

Esta obra es una elaboradísima construcción apriorística (en el mejor sentido de la expresión) levantada con el mero *opus spicatum* de un concepto de símbolo primorosamente elaborado. La función simbólica es analizada con gran rigor filológico, histórico, semántico y conceptual. El autor convierte el símbolo en un poderoso instrumento de análisis de los procesos culturales humanos, que vie-

nen aptamente caracterizados por su presencia (ciclo simbólico) o por su ausencia (ciclo espiritual). El símbolo es definido como revelación sensible y manifiesta de lo sagrado; definición programática, pues toda la obra gira en torno a los avatares o al «despliegue» de lo sagrado. Se trata, ciertamente, de una monumental filosofía de la historia de la filosofía en la que ésta recupera el papel que había perdido de *ancilla theologiae*.

Las edades del mundo, correlacionadas con las categorías simbólicas, son divididas en siete conos para el ciclo simbólico y siete conos para el ciclo espiritual. El ciclo simbólico es descrito por el autor por medio de «acontecimientos simbólicos» tomados de cuatro grandes tradiciones antiguas: la hindú, la iraní, la hebrea y la griega (sin olvidar la islámica). Y aquí es donde la obra de Eugenio Trías pasa a ser un ejercicio magistral de análisis, observaciones y reflexiones histórico-culturales. La lectura de estas páginas proporciona un gozo espiritual infrecuente en la moderna literatura filosófica. Trías aborda la compleja tarea que se ha propuesto con extraordinaria competencia. El autor, además, consigna sus fuentes de información, que son siempre las más acreditadas. Esta parte del libro (la mitad del total) es una lectura sumamente recomendable para toda persona interesada en la evolución espiritual de la humanidad.

La parte dedicada al ciclo espiritual —en cuyo desarrollo está presente como en negativo el instrumento conceptual analítico del símbolo— se despliega desde el renacimiento hasta la época moderna. Los análisis siguen teniendo gran interés, pero no son ya indiscutibles. No hay que ser un laico recalcitrante para sospechar que es un *tour de force* historiar la razón occidental como un momento o un episodio del proceso de lo sagrado hacia su recuperación purificada. Es por lo menos igualmente legítima la concepción de una racionalidad rescatando lentamente del pozo simbólico-sagrado la objetividad y la universalidad del conocimiento. El romanticismo puede ser visto como un paso hacia la recuperación de lo simbólico-sagrado, pero también como una recaída en la oscuridad. La disgregación del pensamiento moderno puede ser considerada escatológicamente como la etapa previa a la *communio* definitiva, pero podría ser también el estado natural de una razón que ha constatado sus límites y se abre a todos los juegos del espíritu, oriental y occidental.

Casi al final del libro, el autor define su intento en una breve nota a pie de página: «Este libro constituye un ejerci-

cio de memoria histórica necesario para poderse abordar la reflexión sobre el horizonte de nuestra experiencia actual. En ella se abre, creo, el horizonte de una edad del espíritu en el que pudiera sintetizarse el universo simbólico, con su peculiar forma de *reliqatio* y el universo racional». Esta nota es ya un programa. El logos fronterizo está ya maduro para ser un lugar de síntesis. Si esto significa que desde el ciclo actual, dominado por la razón, iremos recuperando cautamente elementos variados y decorativos del ciclo simbólico-sagrado (como inocente esparcimiento en ratos de recreo), entonces puede reconocerse que es un buen programa, y en realidad ya se está realizando. Pero si el programa nos impele a ponernos como «ser del límite» en un espacio intermedio cuya determinación última vendrá dada por el estrato superior, el proceloso «cerco hermético», entonces puede que muchísimas mujeres y muchísimos hombres de esta generación desconfiemos de este *kérigma*, prefiriendo que el límite sea, para universal seguridad, comodidad y felicidad, un límite de veras.

*José Montserrat*